

LA BIBLIOTECA

revista fundada por Paul Groussac

dossier especial | otoño 2020



HISTORIA DEL VIRUS

Epidemia, literatura
y filosofía

DÍGAME DISTANCIADO

*Vomita / ante esta paranoica estupidez macabra
/ sobre este delirante cretinismo estentóreo.*

Oliverio Girondo

Había una vez —habrá / hubo una vez—, en cierta dimensión reconocida, una pánica y mediática asonada universal que salpicó sin precedentes. Se repartieron virus / barbijos / opiniones / prejuicios / crímenes.

Se cortó por lo (más) sano: la gente enferma / sola / amontonada / vieja / pobre.

Se cortó la circulación (de las personas), se dejó circular (el dinero impersonal).

Se acortó / acotó el diccionario: dígame vulnerables a los (previos) vulnerados.

Se decidió tomar distancia, como en las enfiladas blancas palomitas de la primaria de antaño, pero más y peor. Te miro y no me toques. O ni te miro, mejor.

Pero a mí no me miren: yo, argentino / yo, distanciado.

Mientras, a revisar revisitadas revistas virtuales.

Relatos de pandemia / pandemia de relatos.

Y a leer, que (nunca) se acaba el mundo / la Historia.

Juan Sasturain

Director (distanciado) de la
Biblioteca Nacional Mariano Moreno

SUMARIO

Editorial. Materiales para una historia del virus	9
MEDITACIONES: ENSAYOS, CRÓNICAS Y FICCIONES	
El libro que vendrá <i>Noé Jitrik</i>	23
Experiencia y narración <i>María Pia López</i>	37
Pandemia y sensorialidad <i>Guillermo Saavedra</i>	56
El virus, la filosofía y el Estado "fuerte" <i>Diego Sztulwark</i>	70
Fragmentos de cuarentena <i>Mariana Gainza y Ezequiel Ipar</i>	99
Lucreciana. Pasajes de la peste <i>Diego Tatián</i>	120
La fortuna, la ciencia y la política <i>Eduardo Rinesi</i>	142
Conteo <i>María Moreno</i>	166

Desde el pequeño algarrobo de la travesía <i>Javier Trímboli</i>	176
La vida en fases <i>Cecilia Abdo Ferez</i>	210
El hundimiento del Titanic <i>Alejandro Kaufman</i>	223
El día después <i>Juan Rapacioli</i>	237
La posibilidad de una isla <i>Evelyn Galiazo</i>	245
Reunión numerosa de grandes pájaros <i>Hernán Ronsino</i>	267
Una carta que diga un poco todo esto <i>Tomás Schuliaquer</i>	277
Buenos Aires Temprano otoño, 2020 <i>Roberto Casazza</i>	288
Los sentidos de la peste <i>Fernando Alfón</i>	307

EPIDEMIAS E HISTORIA

**La gran epidemia. A propósito del libro
*Cuando murió Buenos Aires*** 317
Germán García

Contra todos los males de este mundo 328
Carlos Bernatek

Hablaron pestes 350
Guillermo Korn

Tucumán, 1887 361
Margarita Gómez Salas

Las epidemias del pasado, las de hoy 374
Maximiliano Ricardo Fiquepron

Pandemia, nación y propiedad privada 386
Pablo Blitstein

IMÁGENES DE LA PESTE

Literatura y *timor mortis* 414
Horacio González

Pálido caballo, pálido jinete 477
Gustavo Ferreyra

**Las epidemias en la literatura
fantástica argentina** 484
Carlos Abraham

Roberto Arlt: una enseñanza subversiva, entre la picardía astrológica y la duda insurgente <i>Facundo Giuliano</i>	501
La metáfora sin fin. Camus y otras pestes en el cine argentino <i>Florencia González</i>	515
Una cosa tanática <i>Juan Laxagueborde</i>	541
Transformaciones, mutaciones, metamorfosis <i>Matías Rodeiro</i>	550
La espera, la peste, la isla <i>Alejandro Boverio</i>	579
Colaboraron en este número	586

La Biblioteca. Revista Fundada por Paul Groussac es una publicación de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno de la República Argentina. Número especial digital, dossier *Historia del virus. Epidemia, literatura y filosofía*, otoño 2020. ISSN en trámite.

Presidente de la Nación: Alberto Fernández. **Vicepresidenta de la Nación:** Cristina Fernández de Kirchner. **Ministro de Cultura:** Tristán Bauer

BIBLIOTECA NACIONAL MARIANO MORENO

Director: Juan Sasturain. **Vicedirectora:** Elsa Rapetti. **Director Nacional de Coordinación Técnica Bibliotecológica:** Pablo García. **Director Nacional de Coordinación Cultural:** Guillermo David. **Director General de Coordinación Administrativa:** Roberto Gastón Arno.

Coordinación de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Editor invitado: Horacio González

Edición y diseño editorial: Área de Publicaciones

Ediciones Biblioteca Nacional. edicionesbn@gmail.com

Agüero 2502, 6° piso (C1425EID), Ciudad Autónoma de Buenos Aires
www.bn.gob.ar





Roberto Arlt:

una enseñanza subversiva,
entre la picardía astrológica
y la duda insurgente

Por Facundo Giuliano

Las crisis, con su carga de excepcional crueldad que se bate sobre el cuerpo social, revelan la veracidad de ciertos personajes habitualmente considerados marginales o desarreglados en tiempos normales. La imaginación de Roberto Arlt nos proveyó de una galería inagotable de sujetos que emergen de las brumas del conocimiento popular y que se vuelven imprescindibles para recorrer la hipótesis de una mirada a contrapelo del bienestar de la vida burguesa que se sostiene en el mito del progreso científico, artífice de las grandes tragedias y promesa de su redención.

Conocido por esas columnas periódicas publicadas en la prensa, una tarde, Roberto Arlt recibió el llamado de un médico que decía haber recurrido a él en lugar de romperle la cabeza a su esposa con un palo y que la única manera de no incurrir en una fractura de cráneo sería confiando en que el escritor podría dedicar un aguafuerte a su problema: su cónyuge estaba por ir a ver a un curandero que dice adivinar los padecimientos por la forma de la letra de sus pacientes.

Acorralado por la circunstancia, Arlt recoge el guante no sin antes reírse un poco e indicarle al médico que le parecía formidable y divertido su problema, pero el médico va por más y le pide que la nota apunte a demostrar que las mujeres de los médicos tienen aserrín en la cabeza. Un pedido bastante peculiar, sobre

todo por implicar una generalización que desnudaría la “elección de objeto” amoroso de los médicos y que hablaría más de ellos que del objeto en cuestión, si mal no recordamos alguna enseñanza del doctor Freud en su “Introducción al narcisismo”.

Lo cierto es que Arlt obra en consecuencia y le dedica un escrito a *la mujer que duda* del marido, del novio, del hermano y del padre, pero al tropezar con una locuacidad desvergonzada, una pura pirotecnia, gestualidades elocuentes y una filosa apostura, una sublevación se genera en ella, en su imaginación, en su posición, y “sanseacabó”. Inútiles las demostraciones de buena ciencia occidental (o filioatriarcal) ante la explosividad que entraña el encuentro con alguna sinvergüenza que invita a transgredir una histórica sumisión. Así es como Arlt lista al marido, al novio, al hermano, al padre, como fracasados que, en su obtusa impotencia, no consiguen infiltrarse en aquella microscópica zona de entendimiento con que *la mujer que duda* se engalana. Obsesionados con un prejuicio sobre “curanderos”, no llegan a ver en él más que un farsante, un charlatán, un embaucador, un profesor de cine o de declamación. ¿Y si se tratara de una figura telúrica que hunde sus raíces en una subversión de la ciencia occidental al modo de lo que un profesor de filosofía que se apellidaba Kusch solía entender como fagocitación?

Arlt concluirá su escrito recomendando a maridos, novios, hermanos o padres que el mejor remedio y de

indiscutible eficacia para *la mujer que duda* es dejarla proceder, más allá de si en su camino se encuentra o no con una superficie sólida comúnmente levantada por albañiles. Pues Arlt sabe que la curandería tanto como la astrología pueden funcionar como grandes fachadas que convocan subrepticamente voluntades ávidas de conspiración para con lo establecido. La rebelión comienza cuando *una mujer duda* de la ciencia de su marido que no ha hecho más que sostener históricamente las más diversas injusticias, las más sofisticadas opresiones. No le importan ya sus seis años de escuela primaria, sus seis años de bachillerato y sus siete años de universidad, si el palo en la cabeza de la descreída sigue latiendo (latente) como opción. Por eso mejor arreglarse e ir a ver o a escuchar a un curandero (y, más en confianza, un astrólogo) que ya haya entendido que “la revolución social sería imposible sobre la tierra porque un Rockefeller o un Morgan podrían destruir con un solo gesto una raza”, como un médico a su esposa con un palo o como un niño travieso en su jardín a un nido de hormigas.

Quizás Ezequiel Martínez Estrada y Rodolfo Kusch entendieron con gran minucia la figura del astrólogo en el discurso, y la importancia del discurso en el astrólogo, Arlt mediante. Tal vez baste recordar aquella conferencia de 1958 en la Universidad Nacional del Sur donde Martínez Estrada le habla a la juventud diciéndole que

defienden o atacan sin convicción, aunque con entusiasmo, con ardor, aunque sin la fe que santifica los errores. A continuación, muy provocativamente, les pregunta si es que ignoran que todos los revolucionarios han sido religiosos, puesto que no hay incredulidad posible cuando se tiene un ideal y se está dispuesto a morir por él, de ahí que no les atribuya un exceso de rebeldía, sino

Rodolfo Kusch



todo lo contrario: un exceso de obediencia. Por su parte, para Kusch la cuestión radica en el subsuelo social, ahí donde no caben las soluciones elaboradas minuciosamente por estudiosos en nombre de “un racionalismo de estudiante recién recibido”, sino que hay algo más: una constante que dice “aquí y ahora yo creo en esto” y resulta decisiva para existir e incluso puede rebasar al conocimiento científico (Kusch ejemplifica con el campesino que prefiere el curandero al médico y con Quiroga y “el

pueblo en general” que no tienen fe en las teorizaciones políticas, lo que también *niega* esa pauta cultural de occidente que implica el temor constante ante lo que no se puede definir). En esto se daría, para Kusch, el típico desarraigo del pensar culto en general frente al cual, el pensar popular, opera seminalmente cuando instala el “yo creo” como tercera posibilidad ante una contradicción, es decir, el desinterés en concentrar la verdad en una proposición y el deseo de referir una verdad que se instala en la ubicación del existir mismo o se juega en el enigmático estar nomás.

Se encuentran, así, otros sentidos que *la mujer que duda* puede haber llegado a escuchar en el discurso del astrólogo (disfrazado de curandero), más cuando señala que la gran pérdida de las multitudes ha sido el credo (en general) y, de este modo, es que se instala la pregunta sobre para qué queremos la vida en el preciso momento en que reaparece sobre la tierra una peste incurable. ¿Quiénes querrían conservar existencias ya mecánicas o mecanizadas que, en su encierro, si no son capaces de producir (o consumir) lo suficiente, a nadie le interesaría sostener?

Aunque nunca falten economistas que incitan al suicidio colectivo, que siempre prefieren acercar sus narices al Debe y al Haber del mundo en lugar de preguntar en qué se funda la desdicha, *la mujer que duda* se para frente a esas gentes furiosas de cráneo seco que auguran paredes de cemento armado para su cabeza

y observa que, ante el callejón sin salida de la realidad social, la única salida es volver para atrás... Una mentirita metafísica podría evitar la recaída en las ilusiones de carácter económico y la reaparición de extremidades fantasmas que han sido previamente amputadas para servir invisiblemente al mercado (claro que nunca nadie se preguntó qué fue del resto del cuerpo de esa mano invisible, aunque mucha gente intuyó y descubrió que seguía operando tras bambalinas).

Ahora que la felicidad está en quiebra y cae en picada en todas las bolsas, incluso en las eclesiales, la fe reaparece en forma de redistribución y los paraísos tiemblan cuando sus dioses de carne y hueso con apellidos de marca tienen que comenzar a largar de algún modo algo de todo el privilegio acumulado porque, de lo contrario, la humanidad se pondrá tan furiosa que intentarán matarla como a un perro rabioso. El astrólogo, travestido de curandero, decía que tal masacre sería la poda del árbol humano, una vendimia que solo los millonarios —con la ciencia a su servicio— podrán realizar como dioses que, asqueados de la realidad, rompen la ilusión de la ciencia como factor de felicidad y, rodeados de esclavos tigres, provocan cataclismos y distribuyen la peste. El pueblo experimentaría así mil formas de destrucción como trabajo de los superhombres y de sus servidores orientados a agotar el mundo hasta que no quede más que un resto indivisible aislado en algún

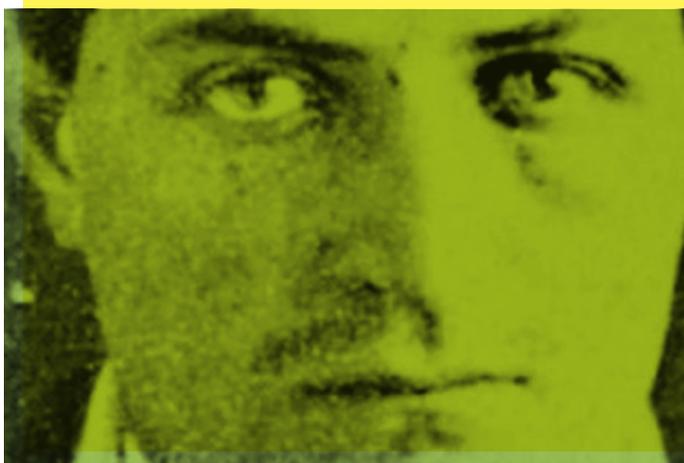
islote donde se asentarían las bases de una nueva sociedad sin antagonismos, sin conflictos, sin pueblo.

De cualquier modo, para el astrólogo a veces disfrazado de profesor de cine, no dejaría de haber dos castas separadas por un intervalo, una diferencia intelectual de treinta siglos que pondría a la mayoría a vivir circundada por milagros apócrifos y una minoría depositaria de la ciencia y acompañada de milagros históricos, es decir, una minoría encargada de administrar placeres y milagros al rebaño: esa mayoría cuya felicidad se encuentra garantizada por plataformas que producen placebos de arte divino. De esta manera, buscadores de oro encuentran campo fértil en la prostitución de su máscara y solo basta la ayuda de un periódico para hacer milagros, pues, en su deseo de sensacionalismo y de grandes ventas, puede instalarse una sed insaciable de un dios magnífico adornado con relatos plagiados de la Biblia.

La conspiración funciona, entonces, como una gran caldera en la que el vapor puede mover una grúa como un ventilador, y el margen de error es la cornisa por donde se camina como si se estuviera en lo cierto. La dicha se mide en el terror de los débiles y en la inflamación de los fuertes, pero la fuerza solo se crea en la revolución de las conciencias y en la exaltación de la barbarie. Por lo demás, la sociedad juega el papel de fuerza misteriosa y enorme que a menudo recuerda la extraordinaria belleza que hay en ese acto de quemar vivo a un nombre. El fuego se hace a

razón de tres genios cada dos simples y un cínico, genialidades que no hacen nada, chispas “de hojalata” que no dejan de ser una energía y que bien utilizada puede ser la base de un movimiento poderoso —diría el astrólogo con cara profesoral de declamación—.

Roberto Arlt



Y es que, en el fondo, el astrólogo quiere ser manager de locos, o de genios apócrifos, o de esas gentes desequilibradas que no tienen cabida en los centros espiritistas y bolcheviques, un tipo capaz de hacer de literatos de mostrador, de inventores de barrio, de profetas de potrero, de políticos de café con leche y filósofos de centros recreativos, carne de cañón lo suficientemente recalentada como para ejecutar actos que a cualquiera le ponga la piel de gallina. Una manera de explotar la inaguantable insolencia de los fronterizos del genio, comienza por el suministro sistemático (pero dosificado) del elogio

necesario al monstruo del amor propio y continúa por la constitución de ese mismo sujeto en su lacayo.

Menos chances de caer en la volteada tiene quien se cree genio cinco minutos y una sola vez al día, y en realidad poco le interesa serlo o no serlo. El astrólogo, que a veces se parece más a un profesor evaluador, se acerca a la gente desgraciada solo para darles por objetivo de sus actividades una mentira que los haga felices inflamando su vanidad y, pobres infelices (no importa si son “los” o “las”), se convierten en el precioso material de su producción. El ego engorda mejor con palabras útiles y cifras grandilocuentes, ¿qué tan difícil puede ser alimentar la fútil felicidad de un pueblo incomprendido? Un problema que nada tiene que ver con condiciones intelectuales, según se dice.

El astrólogo, haciendo las veces de curandero popular, dice que siempre ocurre así en los tiempos de inquietud y desorientación: poquísima gente se anticipa con un presentimiento de que algo formidable debiera ocurrir. Pero para ello se necesita gente intuitiva que crea en el deber de excitar la conciencia de la sociedad, de hacer algo, aunque ese algo sean disparates y no haga más que conformar un gremio de expectantes. Un movimiento y las marionetas sueltan sus hilos, al tiempo que se multiplican, sus liberaciones estremecen y lo que viene puede resultar tan ajeno a la propia voluntad como puede resultar extraña la juntada de cien psicologías distintas aunadas por el deseo

de cambiarlo todo y la ilusión (otro nombre para esa base que también puede llamarse mentira), por la sangre y el oxígeno que hacen al rojo del oro colectivo. Después de todo, el discurso del curandero (que en verdad se decía astrólogo) podría ser el reverso del discurso del médico: un jaque a la ciencia occidental, que solo puede ser jaque mate cuando a la ecuación se suma la incógnita de *la mujer que duda* y un padecimiento conduce a una conspiración comunitaria.

Sobre los padecimientos o enfermedades, en otra aguafuerte, Arlt sugiere que son ellas las que actúan como un factor importante en el problema de compasión a plazo fijo que suscita el vecino que se muere en nuestros barrios (a diferencia de los barrios del centro, donde el vecino que se muere no interesa un ardite a nadie), por más que siempre haya una vecina más preocupada en que no se le queme el dulce que en la atención al vecino que se muere...

A propósito de la travesía realizada por algunas aguafuertes y aquel célebre discurso alojado en *Los siete locos*, es cierto que podría encontrarse diseminada en la literatura de Roberto Arlt alguna huella latente de los acontecimientos que transcurren con la peste de telón de fondo en la clásica novela italiana de Manzoni, *Los novios*. Y ello quizá se deja entrever en la referencia al novelista italiano que aparece mencionado en el texto “El poeta parroquial” publicado en la revista *Proa*, en 1925, como anticipo de *El juguete rabioso* (pero que luego no sería

incluido en la edición publicada al año siguiente). Pues no parece una referencia casual en boca de uno de sus personajes, sino una mención que aparece como tercera opción no estipulada entre las ofrecidas por la pregunta dirigida al poeta-protagonista: “Y a usted [...] ¿quién lo emociona más, Carducci o D’Annunzio?”. Ahí es cuando acontece la respuesta mencionada, pero con un agregado interrogante que deja abierto el sentido: “Como novelista, Manzoni... ¿eh? ¿Más vida, no es cierto?”.

Después de todo, luego de la peste, los novios pueden ceder en ese deseo que les quita su estatus de novios para pasar a otro estadio que confirma (y, tal vez, cristaliza) su supervivencia. De modo que, ante los padecimientos que azotan nuestros días, algunas preguntas se tornan inevitables: ¿Qué deseos concretaremos apenas pase la peste y qué deseos se habrán esfumado en medio del acontecimiento? ¿Cuál será nuestro lugar en el mundo propio y de los otros cuando el peligro viral cese? ¿Qué promesas podrán cumplirse y cuáles podrán olvidarse? ¿Qué formas tomará la trama social cuando necesitemos de “más vida” frente a un binarismo que se nos presenta como inevitable? ¿Qué juramentos habrán sido rotos y, frente a la nueva potencia que desnuda la contingencia, quién se animará a implicarse en la fragilidad de nuevas juras? ¿Cuántas violaciones a la ley se habrán contabilizado y cuántas se habrán notado en el catálogo de las grandes esperas de la historia?

O, si al curandero astrológico y su desciframiento caligráfico nos remitimos, ¿qué padecimientos se ocultan bajo nuestras actuales letras? ¿Quién atiende los síntomas de un lenguaje maltratado por el mercado y

¿Qué deseos concretaremos apenas pase la peste y qué deseos se habrán esfumado en medio del acontecimiento? ¿Cuál será nuestro lugar en el mundo propio y de los otros cuando el peligro viral cese? ¿Qué promesas podrán cumplirse y cuáles podrán olvidarse? ¿Qué formas tomará la trama social cuando necesitemos de "más vida" frente a un binarismo que se nos presenta como inevitable? ¿Qué juramentos habrán sido rotos y, frente a la nueva potencia que desnuda la contingencia, quién se animará a implicarse en la fragilidad de nuevas juras? ¿Cuántas violaciones a la ley se habrán contabilizado y cuántas se habrán notado en el catálogo de las grandes esperas de la historia?

su requerimiento divulgativo? ¿Podría decirse que los médicos son quienes están más jodidos al ir perdiendo cada vez más la poca letra que les queda? ¿Qué sufrimientos secretos se ocultan tras los jeroglíficos volcados en una receta? (Tal vez por esto es que Arlt dedicó un

aguafuerte a la decadencia de la receta médica)... Y, en un contexto extractivista, no sorprende que los vacunócratas (como Carlos Astrada solía llamarles) estén al salto queriendo ordeñar la inteligencia y seguir tributando a la *intelligentzia* (otro nombre para esa mentalidad cipaya que tanto les gusta a oligarcas y burgueses).

Con algo de suerte, luego de este dramático tiempo, nos convertiremos en sobrevivientes y, si el distanciamiento social no se instala como verdad definitiva, a lo mejor podremos salir a la calle y darle puñetazos amistosos a la gente como quien regala vida e invita a la complicidad

Con algo de suerte, luego de este dramático tiempo, nos convertiremos en sobrevivientes y, si el distanciamiento social no se instala como verdad definitiva, a lo mejor podremos salir a la calle y darle puñetazos amistosos a la gente como quien regala vida e invita a la complicidad de un juego que solo puede contagiar la digna rabia.

de un juego que solo puede contagiar la digna rabia. Tan real como cuando los médicos recurren a escritores para que atiendan sus padecimientos y estos, luego de reírse un poco de un gran poder visto en jaque, nunca satisfagan las demandas de aquellos e incluso junten en un mismo gesto subversivo una picardía astrológica y una *duda insurgente*.◉